

cias por la visita á la Gruta de la aparición. El R. P. Sampé, Superior de los misionistas de Lourdes, ha presentado á Pío IX un álbum que contiene las diferentes vistas de los lugares glorificados por la Madre de Dios en la roca de Massabielle.

San Felipe Neri había fundado en Roma la archicofradía de las Peregrinaciones. Sostenida por familias piadosas, esta obra tenía una renta de \$ 36.000. Los peregrinos indigentes eran recibidos allí gratuitamente durante muchos días, y aun recibían algunos socorros para su regreso. En los años de jubileo se albergaban allí algunas veces al día hasta mil visitantes de la Ciudad Eterna. El Gobierno de Víctor Manuel puso la garra en dicha archicofradía.

Nunca fueron tan numerosas como en 1873 las peregrinaciones á Palestina. Los viajeros han podido ver la vía férrea que dentro de poco conducirá de Jerusalem al puerto de Jaffa. Un firman de Abdul-Aziz autoriza la distribución de 1,500 billetes gratuitos cada año á peregrinos pobres; billetes que serán distribuidos por el Papa, por el Patriarca de Constantinopla y por los jefes de la religión israelita residentes en París y Londres.

#### OPINION DE UN REDACTOR.

EL Presbítero José Ines Ortega se casó en Venezuela civilmente. El pan de la boda no le duró más de tres meses, pues al cabo de ellos, murió. El *ilustre americano* Presidente de aquella República, (este título es legal, dado al señor Guzman Blanco por el Congreso), declaró que se podía casar el Presbítero Ortega, porque el sacerdocio no era impedimento.

Un periódico del norte de Colombia da así la noticia: "El celibato del Clero ha dicho su última palabra en aquella República," (Venezuela). Esto podía alarmar, si no se reflexionara que no son más que opiniones del señor Redactor. Siempre el mundo ha estado oyendo la misma cantinela: va á morir un Papa; ese es el último Papa, y nada. Dentro de veinte años, Jesucristo estará fresco, decía Voltaire; y han pasado cuatro veces

los veinte años; y nada. Opiniones de M. de Voltaire.

Que se casa un clérigo católico, si tal cosa puede tener el nombre de casamiento: buen provecho! pero de eso á decir el celibato eclesiástico la última palabra, hay mucha distancia.

#### FUNERALES DEL HERMANO FELIPE,

SUPERIOR GENERAL DE LA CONGREGACION DE LOS HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS.

Los diarios franceses han venido llenos de pormenores sobre los últimos obsequios tributados al célebre Hermano Felipe, muerto en París á la edad de 82 años. Harémos un extracto de todo lo más interesante.

Con fecha 10 de Enero, Su Eminencia el Cardenal Arzobispo de París dirigió á su Clero una circular, que será uno de los más gloriosos testimonios dados á la memoria del Hermano Felipe, y de la que tomamos lo siguiente:

"... Lo que hizo el Hermano Felipe no es necesario que yo os lo refiera: el mundo entero lo sabe. El restauró y renovó, se puede decir, la obra del venerable de La Salle. El la había comprendido con una rara superioridad de inteligencia, y sin salir jamás de su humildad, la gobernó con una fuerza de voluntad no menos notable. Por la extensión y los desarrollos que le dió, mostró cuán fecundo era el pensamiento de la caridad que había inspirado á su santo fundador.

"El Hermano Felipe se había consagrado completamente al servicio del pueblo, y él ha podido decir muy bien que su misión era la de enseñar á los pobres, *evangelizare pauperibus misit me*; y podía agregar hablando á la juventud, la palabra que San Pablo dirigía á los Corintios: "Aun cuando os den diez mil maestros, vosotros no tendréis jamás muchos padres que os amen como yo." Cuatrocientos mil niños enseñados por él y por los suyos aprendían á ser buenos cristianos, ciudadanos útiles y capaces de llenar todos los deberes de su futura profesion. En tanto que otros gastan su celo derramando en el alma de los jóvenes las ideas falsas que extravían los espíritus, excitan los apetitos culpables y sólo inspiran presuncion y orgullo á la

ignorancia, él trabajaba eficazmente en hacer de los hijos del pueblo hombres honrados, no faltos ni de la instruccion ni de las virtudes más necesarias aun.

"Colocado por la Providencia á la cabeza de una de las más grandes obras que hayan sido emprendidas para el bien de la humanidad, había venido á ser, á pesar de su modestia y de la sencillez de su vida, uno de los hombres más útiles, más populares, y se pudiera decir de los más considerables de nuestro tiempo. No habría bastado una mediana capacidad, ni un celo ordinario para llenar con perseverancia durante tan largo tiempo (36 años) todos los deberes que impone la dirección de una sociedad esparcida en el mundo entero. Así es que todos los que le veían de cerca quedaban sorprendidos de su rara sabiduría, y su muerte ha sido como un luto público en la capital..."

Asistamos ahora á las exéquias del venerable anciano que quiso que se lo enterrara pobremente y sin ostentacion.

"Descubrios, dice M. Aubineau en el *Univers*, que pasa el cortejo fúnebre del pobre. Un carruaje de la clase más humilde; los caballos no llevan penacho ni caparazones: detras del modesto carruaje sigue una multitud inmensa que se extiende sobre las anchas aceras del *boulevard* y llena la calle de Sévres. Niños, religiosos, una masa compacta de hombres, un edecan del Presidente de la República, muchos Obispos, algunos miembros de la Academia francesa, muchos Diputados. Cuando el carruaje aparece en la plaza de San Sulpicio, las campanas tocan á muerto. La multitud entra y se apaña en la iglesia; las capillas están llenas, la nave principal es insuficiente, las naves laterales rebosan de gente, el coro no puede contener todo el Clero que ha querido asociarse al homenaje popular; una parte de la muchedumbre permanece en la plaza. No hay catafalco en la iglesia ni colgaduras: es como el entierro de un pobre. Un humilde lienzo cubre el féretro y algunas coronas, algunas flores son colocadas sobre él. Se busca allí en vano con los ojos la cruz de la Legion de Honor, con la que todo el pueblo sabe que el glorioso difunto había sido condecorado despues del sitio de París, y que él no se había puesto nunca. La humildad acompaña al Hermano Felipe hasta la tumba. En la iglesia el ataúd estaba colocado sobre dos andas.

"Dos Cardenales de la Santa Iglesia romana lo saludan, Su Eminencia el Cardenal de Bonnechose, Arzobispo de Ruan, frente á Su Eminencia el Cardenal Guibert, Arzobispo de Paris. Al lado de esto están Monseñor Plantier, Obispo de Nimes, y Monseñor Maret, Obispo de Sura. El señor Cura de San Sulpicio se adelanta á recibir el cuerpo á la entrada de la iglesia y lo conduce delante del altar mayor, detras del cual estaba extendida una cruz blanca sobre un paño negro. El señor Cura de las Misiones extranjeras celebra la misa. A la cabeza de la asistencia, del lado de la epistola, M. Buffet, Presidente de la Asamblea nacional, se une á las oraciones de la multitud, donde se mezclan notabilidades de toda clase.

"El tierno niño que, durante la Revolución, ayudaba, dicen, á decir la misa á los sacerdotes ocultos en la casa de su padre; y el padre y la madre de este niño, en sus sueños más extravagantes, ¿hubieran podido imaginarse que la gran ciudad, la ciudad entera de los placeres y de las fiestas, el Estado con sus más altos poderes, la Iglesia con sus príncipes se reunirían un día para honrar á ese pastor nacido en la pobreza, en una oscura aldea de Foréz?"

Despues de la misa, Monseñor Guibert dió la absolucion, y el señor Presidente Buffet fué el primero que roció agua bendita sobre el ataúd.

Era un poco más de medio día cuando se abrieron las puertas. A la vista del féretro, diez mil cabezas se descubrieron, y el cuerpo fué colocado de nuevo sobre el carruaje que se movió en dirección al cementerio del Padre Lachaise. Detras del carruaje, marchaba el hermano del difunto, Hermano Artemio, apoyado en el brazo de su sobrino, miembro tambien del instituto fundado por el Venerable de la Salle. Luego venían los Hermanos asistentes.

Los alumnos de las instituciones dirigidas por los Hermanos de las escuelas cristianas formaban la fila á cada lado del largo cortejo, que aumentaban á cada instante, y por decirlo así de calle en calle, los niños de las escuelas situadas como en escala en el largo camino que debia recorrer el convoy fúnebre.

Las miradas se fijaban particularmente en dos escuelas: la de los huérfanos de San Nicolas, notables por sus calurosas blusas de lana, y la escuela secundaria de Passy, de elegante uniforme azul y negro. Como la distancia hubiera podido cansar

Sala 3-11379 P. 692-95 el 2.12.12 27.6-  
 Bog. Abril 23 1874 # 44 año IX

F. 3923

42

á muchos de los niños, cada institución acompañaba el cuerpo hasta que se encontraba con otra que, á su turno, se unía al cortejo, mientras que la primera volvía á su barrio. De esta manera, los cuarenta mil alumnos que asisten á las escuelas cristianas de París pudieron concurrir á los funerales del Hermano Felipe.

Al atravesar los barrios populares, el séquito recibió los homenajes de toda la población laboriosa que los habita. En la calle de San Antonio, en la plaza de la Bastilla y en la calle de la Roqueta, las mujeres se santiguaban y los hombres saludaban con respeto al maestro á quien debían su primera educación, y al religioso que, en los campos de batalla, arrojó tantas veces la muerte por correr á socorrerlos. Viendo ese ataud del pobre, los obreros recordaban las puras alegrías de su juventud, y el dichoso tiempo en que las arengas de los clubs no habían aún echado á Dios de su corazón.

Era la una de la tarde cuando el cortejo llegó al Padre Lachaise. El señor Abate Roche rezó las últimas oraciones en medio de un profundo silencio que interrumpían solamente algunos sollozos prontamente contenidos; luego M. Desjardins, Subsecretario de Estado del Ministerio de Instrucción pública, acercándose á la tumba aún abierta, pronunció el discurso siguiente:

"Señores: El que representa al Ministerio de Instrucción pública no puedo dejar que esta tumba se cierre sin rendir su último homenaje á la existencia que acaba de apagarse. Grande existencia! cuya verdadera grandeza la forman los servicios y las virtudes.

No me toca á mí decir cuánto pierdo el Instituto de los Hermanos en el hombre que lo dirigía con tanto sabiduría y que lo representaba con tanta autoridad, que aumentaba el respeto debido á su sociedad con el que todos tenían por su propia persona; pero la instrucción pública hizo también una pérdida cruel, que siente profundamente. Ella tuvo durante cincuenta años en el venerable Hermano Felipe el servidor más vehementemente consagrado y el más constantemente útil, siempre pronto para el trabajo, dotado de un tino y de una prudencia que no excluían la energía, y que sabiendo defender sus derechos, era incapaz de arrogarse los ajenos.

El Hermano Felipe tuvo una parte inmensa en este desarrollo de la enseñanza primaria, al que se han consagrado tan-

tos nobles espíritus. ¡Cuántas inteligencias en las cuales, sin él, la luz no hubiera penetrado jamás! ¡Cuántas escuelas fundadas por sus cuidados, en lugares á donde los conocimientos más elementales no habían y no hubieran quizá aún llegado de otro modo! Su ejemplo y sus lecciones, transmitidos á toda la Francia, han formado esos numerosos misioneros, humildes, piadosos y llenos de celo, á quienes el trabajo no espanta, la fatiga no detiene, la ingratitude misiva no desalienta. Llenos de su espíritu, llevan á todas partes sus conocimientos con una instrucción que aplican cada día á mejorar los principios y los preceptos de la religión; ellos los llevan, sobre todo, á aquellos puntos donde saben que son desconocidos ó olvidados. No quieren arrebatar los espíritus á la ignorancia para entregar las almas á la nada y á los peligros de la incredulidad; aspiran y alcanzan á formar cristianos, seguros de trabajar así en bien de la Patria, al mismo tiempo que trabajan por la salvación de las almas.

Acabo de hablar de la Patria; yo no puedo olvidar que el Hermano Felipe enseñó á los suyos á amarla y á servirla hasta en medio de los peligros y en presencia de la muerte: yo no puedo olvidar que, en medio de nuestras crueles pruebas, hubo días en que los Hermanos no tuvieron más que seguir á su Superior general para portarse como héroes y para caer como mártires. Todos esos recuerdos, señores, pueden traerse á la memoria al borde de una tumba, pues son de aquellos que no se borran de la memoria de los hombres, y son también, y sobre todo, de los que se cuentan ante Dios."

El tono profundamente cristiano de este discurso produjo una viva emoción. Era imposible juzgar en mejores términos la obra del Hermano Felipe, y apreciar con más tino los incomparables servicios que este venerable religioso prestó á la causa de la instrucción popular.

Mr. Arnaud, Alcalde del VII distrito de París, en el cual está situada la casa principal del Instituto de los Hermanos, habló en seguida. M. Vautrian pronunció un tercer discurso, en nombre de la ciudad de París y del Departamento del Sena. El habló en términos llenos de animación de las raras cualidades del difunto y ensalzó el Instituto de que era superior: "Cuando nadie, dijo, pensaba en generalizar la instrucción de los pobres, fueron los Hermanos de las escuelas cristianas quienes tomaron esa iniciativa y ese cuidado ge-

neroso, y si hoy los progresos de la civilización han hecho abrir escuelas casi en todas partes, el pueblo no debe ser olvidado; acordémosnos que son los Hermanos de la Salle quienes han abierto la vía."

Después de este discurso, el señor abate Roche dió la bendición, y la concurrencia empezó á desfilarse para no terminar sino con la noche.

Un gran número de coronas fueron colocadas sobre la tumba del Hermano Felipe. La más bella la dió un obrero empastador, llamado Tremot.

La víspera, más de 3,000 personas habían venido á orar á la capilla ardiente de la calle Oudinot. Cada uno inscribía su nombre en cuadernos ó indicaba en pocas palabras el motivo de su visita.

Un anciano obrero recordaba llorando á los Hermanos que el venerable Superior le había enseñado á leer, en Reims, hace más de cincuenta años. El mostraba un rosario y decía: "El santo me lo dió!"

Un antiguo militar, oficial de la Legión de Honor, dejó su cruz sobre el féretro. Un General de división dijo en alta voz, entregando una ofrenda para los niños de una escuela: "Lo que soy lo debo á la instrucción que me dieron los Hermanos."

(De la Sociedad de Medellín)

#### CONSEJOS

A LOS JÓVENES SOBRE EL ESTUDIO DE LA FILOSOFÍA, POR MONSEÑOR DUPANLOUP, OBISPO DE ORLEANS, MIEMBRO DE LA ASAMBLEA NACIONAL.

Con la modestia propia de los grandes espíritus, el Obispo de Orleans nos ofrece bajo este título tan sencillo una obra filosófica de primer orden. Pocas páginas más elocuentes y más luminosas han salido de esa pluma tan clásica, tan franca y tan cristiana; pocos libros han venido más oportunamente á combatir seculares preocupaciones y á disipar una confusión funesta.

En efecto, si hay un mal que deba imputarse á los escritores del último siglo, no es otro que el de haber puesto en abierta hostilidad á la filosofía y la religión. Traspasando los límites asignados á la ciencia por la naturaleza humana, renegando de lo que no podía explicar, declarando absurda la idea de lo sobrenatural, obligaron á la Iglesia á combatirlos, y como quiera que basaban todos sus erro-

res en la égida de la filosofía, mientras más prolongada se hacia la lucha, más se esparció la creencia errónea de un antagonismo necesario entre el cristianismo y la filosofía, entre la razón y la fe. Bajo el imperio de esta prevención, las opiniones disidentes no tardaron en llegar á ese grado de exaltación que hace imposible toda discusión seria. A los ojos de los *sói-disant* filósofos todo hombre que creía en Dios había como decaído de su dignidad de ser pensador; á los ojos de muchos cristianos más ardientes que ilustrados, que hacían pagar á la filosofía los errores de los filósofos, todo examen racional del dogma era sospechoso de herejía.

Dios sólo sabe el mal intelectual y moral que nos ha hecho esa deplorable lucha prolongada por cerca de un siglo. Para ponerle término no se han necesitado menos de cincuenta años de perseverantes esfuerzos; se han necesitado los escritos de filósofos sinceros y religiosos, tales como Cousin y Maine de Biran, quienes han fijado el límite en que la certidumbre lógica termina para reconocer la necesidad de la revelación; se han necesitado al mismo tiempo los admirables trabajos de toda una escuela de apologistas tan versados en la teología como en la filosofía, tan buenos oradores como escritores notables, que han tomado por punto de partida de su propaganda cristiana los datos verdaderos de la ciencia humana. Nos referimos á monseñor Frayssinous, al padre Lacordaire, al padre Ravignan, al padre Gratry, M. de Montalambert, M. de Falloux, M. Cochin, M. Nicolas y al señor Obispo de Orleans mismo, á quien deberíamos haber puesto en el primer lugar.

Gracias á sus esfuerzos la oscuridad se ha disipado: para todo hombre inteligente y sincero, ninguna idea de inconciliable oposición se une á estas dos palabras venerables entre nosotros: filosofía y religión.

Pero ¿sucede lo mismo á los ojos de la multitud? ¿no subsiste la preocupación en toda su fuerza? ¿no ha sido cuidadosamente conservada por las *sói-disant* liberales, por aquellos cuya política es el odio á los sacerdotes? ¿no existe hoy más que nunca la urgente necesidad de reaccionar contra este dañoso error y volver sus títulos de honor á la filosofía que nos lleva hacia Dios, á fin de refutar más victoriosamente el filosofismo que de